



CAPÍTULO V.

SE LEVANTA EL TELÓN.

COMO lo habían previsto los comentadores de la conducta y poridades de D. Pepe García, la noche de la primera función de teatro, los primeros asientos estaban ocupados por todas las personas más allegadas á D. Pepe.

Hacia un costado del corral se había levantado una gradería de vigas, que era una periquera en que aparecían encaramados más de cien espectadores. Como el pueblo era á la sazón visitado por paseantes de to-

do género, con motivo de las fiestas, había en el patio sus elegantes armados de anteojos de teatro; multitud de charritos de las haciendas y pueblos vecinos, ostentando lujosos sombreros bordados y finos jorngos; señoras en cuyos trajes podía la moda quitar un guarismo de veinte años; y, finalmente, multitud de gente pobre completaba el cuadro de la concurrencia.

Una mala música, compuesta de guitarras, violín, flauta, arpas y trombones, tocaba algunos valeses y lograba destrozar algunas oberturas.

El alumbrado era pésimo, pues se componía de candilejas sustentadas con manteca, y sobre piés derechos algunos hachones con palo de ocote.

Detras del telón del foro, existe un mundo de misterios que desde el niño hasta el octogenario procuran investigar.

El misterio: he aquí las cosquillas del pensamiento. Al misterio le debe más el progreso humano de lo que le debe á la voluntad.

El misterio merece los honores del mito, es casi una deidad, y el papel que hace en el mundo es más importante de lo que parece.

El misterio es la careta de este carnaval perenne, en que los máscaras nos desconocemos unos á otros en fuerza de querer conocernos á nosotros mismos.

La liviandad cuando se cubre con esa careta se llama coquetería.

El amor la usa constantemente, y cuando se la quita se muere.

Thalía es la mujer que en el carnaval del mundo ha sabido jugar mejor la careta.

Thalía tiene una tropa alegre que la divierte extraordinariamente, y la recluta, riéndose, en este valle de lágrimas.

La inspiración de consagrarse al teatro, es una inspiración que difiere de las demás en que es retozona; y la humanidad en su marcha solemne hacia su fin grandioso lleva á la andante comiquería colgada al cuello como una sarta de cascabeles.

Individualizando es otra cosa.

Hay actores que en su marcha solemne por el camino de la gloria, llevan al público colgado al cuello como un collar azteca compuesto de piedrecitas de poco valor.

Hay artistas nacionales, como el señor don Gervasio Miguel Romero del Campo, que aurifican sus cartones y *pergaminizan* sus papeles, y hacen dentro y fuera de bastidores el más campanilludo de los personajes contemporáneos.

Á propósito de bastidores; hé aquí una frase subversiva: *entre bastidores*.

¿Quién no se sonríe al oír decir «*entre bastidores?*» ¡Qué *potpourri* de cositas no envuelve ese concepto! Decídsela á un viejo y os regalará una lágrima fría y un suspiro en octava baja; decídsela á un pollo y bailará en un pié; decídsela á una beata y se santiguará; decídsela á una dama joven y hará un esfuerzo para no ponerse colorada.

Detrás del telón está esa frase, y detrás del telón está el misterio.

Los niños se impacientan porque se le-

vante ese telón, sin más razón que porque está corrido.

Los jóvenes, que han penetrado un poco más el misterio, sienten la misma impaciencia que los niños, pero gozan con ella.

Los viejos están acostumbrados á descorrer ellos mismos el telón y otras cosas, y su imaginación se extasía en los pasillos oscuros, en los cuartos con las cortinas medio corridas y en otras particularidades.

Para todo el mundo tiene un telón el atractivo de una pausa. Es un deseo con esta taxativa: *todavía no*.

El amor no podría existir sin telón ni á telón corrido.

Todo deseo, todo ahinco y toda perseverancia, tiende á esto: á levantar el telón.

Los actores á su vez no viven sinó para levantar el telón.

Al señor don Gervasio Miguel Romero del Campo le hemos oído decir con motivo de los crecidos gastos de una función extraordinaria:

—Esta noche me cuesta ochocientos pesos levantar el telón.

La historia de todos los *fascos* y de todos los triunfos, empieza de este modo: se levantó el telón.

Del autor de este libro se puede decir que no pretende otra cosa, en materia de teatro, que levantar el telón.

Y ya esta digresión va siendo demasiado larga.

Pues, señor, se levantó el telón.

Como la compañía iba á estar allí muy pocos días, el director dispuso hacer seis comedias fáciles, piezas del día y *no de trajes*, como decían los cómicos; de manera que no hubiera más que sacar de la carga las pelucas y los *trajes de paisano*: así es que don Gervasio dispuso que se dieran «La Cosecha» «La cruz del matrimonio» «Lo positivo» «Los hijos de Adán» y algunas piezas en un acto.

En consideración á lo mucho que tendremos que decir más adelante de nuestra querida compañía dramática, omitimos la cró-

nica teatral de la primera función, que se componía de *La Cosecha* y de la pieza titulada *Una noche toledana*.

En el primer entreacto entraron al foro con D. Pepe García, el señor prefecto, el juez, un escribiente que hacía versos, el administrador de rentas y un señor de San Luís.

D. Gervasio había ya corrido la cortina de su improvisado cuarto de vestir, en el que había cuidado de poner un espejo grande y dos velas de estearina, una cortina á guisa de carpeta y algunas sillas.

—Caballeros, pasen ustedes, dijo á los visitantes; está esto muy incómodo, pero tomen ustedes asiento.

—Gracias, dijo D. Pepe; presento á usted, señor director, al señor prefecto.

El prefecto dió la mano á D. Gervasio y estudió un saludo, al través del cual el cómico no perdiera de vista á la primera autoridad.

—El señor juez letrado..... el señor administrador de rentas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

• 1625 MONTERREY, MEXICO

—Servidor de ustedes, dijo D. Gervasio; mucho me alegro.....

—Nosotros tenemos el honor, dijo el administrador, de ponernos á las órdenes de usted.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposición de ustedes.

—El joven poeta Jesús R. Fuentes, dijo D. Pepe.

—¡Ah! ¡ah! muy bien, cuánto lo celebro! contestó D. Gervasio, ¿con que es usted poeta?

—Sí, señor, dijo Fuentes poniéndose colorado; quiere decir, aficionado.

—No, nada de eso, dijo D. Pepe, ha escrito una comedia.

—¡Hola! amiguito, pues esas son palabras mayores; ¿y qué tal, es de costumbres?

—Le diré á usted, es una cosa muy original.

—¡Ah!

—Todo ello es un sueño.

—¡Oh!

—Un sueño fantástico.

—Muy bien, muy bien, ¿con que un sueño fantástico?

—Sí, sí señor, yo creo que es de mucho efecto, figúrese usted que hay necesidad de luz de Bengala en el segundo acto.

—¡Ah! muy bueno.

—Yo creo que le había de gustar á V. si V. tuviera la bondad de leerla.....

—Con mucho gusto.

—No que luego..... ya sabe usted lo que sucede.

—¡Ah! pues por mi parte nada tema usted, caballerito. Yo soy un artista nacional y amo las glorias de mi país, á los hijos del país sobre todo, señor. ¿Por qué nos ha de venir todo del extranjero?

—Tiene usted razón, dijo el prefecto, ese espíritu de extranjerismo es el que nos pierde.

—¡Oh! sí, señor prefecto.

—Y su señora de usted? preguntó don Pepe.

—Creo que se está vistiendo—Madre—continuó tocando con el dedo las tablas que

dividían su cuarto del de la primera dama: los señores quieren saludarte.

—No la moleste usted, dijo el administrador de rentas; tal vez estará ocupada.

—¡Ah! pero cómo había de dejar de saludar á ustedes!—María, sal, que viene á saludarte la primera autoridad y el señor juez de letras y otros caballeros.

María se presentó.

D. Gervasio hizo la presentación: todos se pusieron en pié y todos ofrecieron asiento á la dama.

En seguida todos devoran á la dama con sus miradas.

A una primera dama siempre se le devora con la mirada.

Los pillos por si acaso.

Los pollos por parecer hombres de mundo, y los viejos porque así lo sienten.

Todos encontraron muy de su gusto á la primera dama.

El prefecto pensó en promover otras seis funciones.

El poeta en hacerle á María unos versos feroces.

Y D. Pepe, en darle un día de campo.

D. Pepe dió en el clavo y los demás en la herradura.

—Qué le parece á usted el pueblo?

—Es muy bonito y muy fértil, por lo que he visto, dijo María con una voz que pareció muy dulce á las visitas.

Aquello que acababa de hablar María les cayó en gracia porque no estaba en su papel.

Uno de los atractivos que tiene una actriz para el que la trata familiarmente y por la primera vez es éste: individualizarse.

Cuando la entidad dramática se convierte para nosotros en la amiga, nos creemos doblemente agraciados.

Los que rodeaban á María recogían sus palabras con cierto arrobamiento, le dirijían la palabra esperando ávidamente su respuesta y preparando una sonrisa.

Apelo á las mismas actrices y que me digan si no recojen á sonrisa por palabra.

Hay un atractivo peculiar de la actriz, y solo de la actriz, vedado á las demás mujeres.

En la mujer, ser actriz es tocar el refinamiento de la vanidad.

Una mujer puede atesorar todos los atractivos imaginables; pero ninguno de ellos es parecido al de la aureola de la actriz.

Los hombres se le acercan siempre al través de una atmósfera distinta de la que rodea á las demás mujeres.

Hasta los calaveras estudian su entrada, y los tímidos dejan traslucir todas sus impresiones.

—Pues lo hace V. muy bien, dijo D. Pepe.

—Favor que ustedes me hacen, contestó María bajando sus hermosos ojos.

Aquí entró el prefecto.

—No, señorita, efectivamente lo hace usted muy bien.

—Por lo menos, dijo el administrador de rentas, nunca habíamos visto en Santa María del Río una actriz del mérito de usted, señorita.

—Indudablemente, agregó el señor de San Luís.

Hubo una pausa.

Aquí entró el poeta.

—Señorita, yo solo le diré á usted que..... que me permitirá usted decirle mis impresiones en verso; voy á dedicarle á usted una composición.

—Tendré mucho gusto.

—El poeta saboreó esta frase como una pastilla de orozuz y pensó:—creo que ha comprendido mis miradas: como soy poeta, estoy más cerca de ella; nosotros los poetas comprendemos á las actrices y ellas nos aman.

De ilusión en ilusión el poeta creía haber hecho una conquista.

—*Tendré mucho gusto*, repetía el poeta, y esto me lo dijo viéndome de un modo... como que tiene unos ojos...

Y luego dirigiéndose á María exclamó:

—¡Qué lástima que vengan ustedes por tan pocos días!

—Qué quiere usted, es preciso!

María clavó sus ojos en el poeta con cierta tristeza, que muy bien pudo haber sido sueño ó fastidio, pero el escribiente que de mirada en mirada subía al cielo, estaba muy lejos de pensar así, y aquella mirada iba cuando menos á desvelarlo toda la noche.

Ya era preciso *levantar el telón*.

Los nuevos amigos de la actriz se despidieron, ofreciendo su casa y sus servicios.

El escribiente se puso frío al pensar en qué, como á los demás, iba á darle la mano á aquella divinidad: y mientras los demás se despedían, el escribiente se limpiaba el sudor de la palma de su mano derecha contra los pantalones.

Le llegó su turno, y apretando la mano de María lo más que pudo, le dijo al oído:

—¡Es usted divina!

El escribiente saltó esta frase zumbándole los oídos, temblándole la voz y asustándose de su propio atrevimiento.

Y desapareció.

A poco rato se colocó en su asiento: no

entendió el segundo acto de la comedia, y cada vez que salía María á la escena, al escribiente le parecía que estaba diciendo: «*Tendré mucho gusto. Tendré mucho gusto*» ó bien «*qué quiere usted, es preciso! qué quiere usted, es preciso!*»

Estas eran las únicas palabras que vibraban como la repercusión de un repique en sus oídos.

Desde su asiento clavaba en María su mirada; hubiera querido tener dos cerillos en los ojos para llamar la atención de María, y se sentía contrariado de que María no se fijase en él. Se acordó de haber oído decir algo del magnetismo, pensaba que hay una corriente magnética, un fluído que se comunica con los ojos, y que sintiendo el escribiente lo que sentía, su mirada debía estar impregnada de ese fluído y que María debía sentirlo como un dardo; pero nada, María representaba su papel como si tal escribiente hubiera en el mundo.

Apenas cayó el telón el escribiente se levantó de su asiento y entró al foro.

El cuarto estaba cerrado y el escribiente devoraba la puerta con sus miradas; pero allí menos que desde su asiento obraría el soñado magnetismo. Los momentos le parecían siglos al pobre de Fuentes, hasta que por fin le fué preciso abandonar el foro y volverse á su asiento sin haber logrado hacerse ver de María.

—Pero mañana, decía, mañana me desquito; la voy á visitar, al fin ya nos ofreció su casa y luego en el día de campo que va á dar don Pepe á la compañía.... ya tendré tiempo. Entretanto esta noche escribo mis versos y mañana los copio en limpio y se los llevo.

También el prefecto hizo aquella noche castillos en el aire: el administrador de rentas tuvo una conversación muy edificante con el juez, sobre lo peligrosas que son las mujeres de teatro, y convinieron en que María era mujer de muchos atractivos.

En cuanto á don Pepe no sabemos si haría castillos en el aire, pero sí consta en la leyenda que mandó preparar una barba-

coa de cabritos y sentenció á muerte á algunos guajolotes; procedimiento más en armonía con las miserias humanas que todos los versos del escribiente y todos los castillos en el aire de la primera autoridad del pueblo.

Se nos olvidaba decir que aquella noche no se exhibió la bailarina, pues don Gervasio el director, que era hombre que lo entendía, guardaba *este efecto* para las noches subsecuentes en que *la casa* (el teatro) *pidiera* algo más *llamativo* para *tener más gente*.

El escribiente lo hizo como lo dijo. Procuró á toda costa estar solo: síntoma alarmante. Cuando se empieza á querer á una mujer, el interesado habla primero á la soledad.

El amor que acaba por esto: *estar juntos*, empieza con esta otra idea opuesta: *estar solo*.

El escribiente estuvo solo.

En primer lugar suspiró y en seguida tomó pluma y papel, se alborotó la cabellera y llamó á la inspiración.

Estos son los primeros dolores de todos los partos.

Todos los poetas procuran parir solos; después es cuando dan á luz.

El escribiente hacía esfuerzos inauditos y le sucedía lo que les ha sucedido á muchos grandes hombres.

No estaba para el paso.

Tachó diez veces la primera palabra, la escribía de nuevo y de nuevo le parecía estúpida unas veces, fría otras y lo más aquella palabra se quedaba sola, sin poder ligarla con otras.

Por fin escribió:

«*Salve, artista á quien amo tanto.*»

Esto era verdad, pero no era verso.

—Lo de *salve, artista*, está bueno, decía el escribiente; pero lo demás me disuena.

Dejemos al poeta luchando con las mil dificultades que lo atormentaban, y volvamos á visitar á nuestra desgraciada prisionera



CAPÍTULO VI.

DOS ENTREVISTAS.

GUADALUPE fué conducida á Santa María del Río por el vecino amigo de D. Pepe, quien habiendo tomado todas las precauciones que el caso requería, logró instalar á su prisionera en la pieza en que la hemos visto, sin que hasta el momento en que había hablado con Pico hubiera en el pueblo una sola persona á cuya noticia hubiera llegado aquel asunto.

D. Pepe se presentó bien pronto en el cuarto de Guadalupe; ésta arrojó un grito

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY, MEXICO